

Esta es una pequeña muestra
del libro *El compañerismo misionero de*
William Carey.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Pioneros como William Carey dieron origen al movimiento misionero moderno. La pasión evangelizadora de Carey, basada en la verdad bíblica y en la confianza en el evangelio, le obligó a abandonar los seguros confines de Inglaterra para ir a la India. La cosecha completa del ministerio de William Carey solo se conocerá en la eternidad. Esta nueva biografía de Carey es una presentación convincente del hombre, su teología y su profundo amor por las naciones. La exposición de Haykin es convincente, tiene un corazón cálido, y señalará más allá de Carey al Salvador que amó tan profundamente”.

—**Dr. R. Albert Mohler Jr.**, presidente y profesor de Teología Cristiana Joseph Emerson Brown en The Southern Baptist Theological Seminary, Louisville, Kentucky

“El compañerismo cristiano, la amistad y la misión están íntimamente unidos. No se puede pretender estar en la misión de Dios y vivir aislado. De hecho, cualquier esfuerzo misionero que carezca de una comunidad de amigos y compañeros de trabajo es una vanidad. Estoy agradecido por el trabajo de Michael Haykin que nos recuerda —a los occidentales— la belleza de la amistad con personas afines y cómo este principio fue visible en la vida de William Carey, el padre de la misión moderna. Este libro será una bendición para aquellos que son estudiantes de historia, y hay muchas lecciones que aprender en sus páginas que ayudarán a los cristianos a ser multiplicadores de la misión y el ministerio de Dios”.

—**Dr. Ed Stetzer**, catedrático distinguido Billy Graham sobre la iglesia, la misión y la evangelización en Wheaton College, Wheaton, Illinois

“Ha habido una terrible interpretación errónea de las misiones modernas, y es la siguiente: nuestros héroes en el campo misionero eran llaneros solitarios que se levantaron por sus propios medios espirituales para llevar el evangelio a los perdidos. Finalmente, esa caricatura se ha derrumbado gracias a Michael A. G. Haykin, que demuestra que el propio fundador de las misiones modernas, William Carey, dependía no solo de Dios, sino de las amistades cercanas para llevar la buena nueva a los pueblos no alcanzados. A través del arte de la biografía, Haykin recuerda a los cristianos de hoy que el compañerismo no solo es clave para la vida cristiana, sino que es esencial para la misión cristiana. El diablo puede derribar a un cristiano solitario, pero no puede penetrar en un grupo de hermanos cristianos que unen sus brazos para avanzar el evangelio”.

—**Dr. Matthew Barrett**, profesor asociado de teología cristiana en Midwestern Baptist Theological Seminary, Kansas City, Missouri

“*El compañerismo misionero de William Carey*, de Michael Haykin, es de lo mejor que he leído sobre William Carey. Haykin llama nuestra atención sobre una dimensión que debería ser considerada, recordada y fomentada seriamente en el contexto de cualquier ministerio cristiano. Y la exitosa, pero estresante, vida de William Carey es una ilustración sobresaliente de ello. ¿Qué habría sido de Carey, de la obra en la India y de su influencia en todo el mundo sin sus amigos? Este libro debería ser leído y discutido no solo entre los misioneros, las agencias misioneras y las organizaciones misioneras de todo el mundo; debería ser estudiado en cualquier contexto eclesial y ministerial”.

—**Dr. Elias Dos Santos Medeiros**, profesor de Misiones Harriet Barbour en Reformed Theological Seminary, Jackson, Misisipi

El compañerismo misionero *de*

William
Carey

Un gran legado de héroes de la fe

Editor de la serie, Steven J. Lawson

La heroica valentía de Martín Lutero
por Steven J. Lawson

El genio expositivo de Juan Calvino
por Steven J. Lawson

La inquebrantable resolución de Jonathan Edwards
por Steven J. Lawson

El fervor evangelístico de George Whitefield
por Steven J. Lawson

El enfoque en el evangelio de Charles Spurgeon
por Steven J. Lawson

La poderosa debilidad de John Knox
por Douglas Bond

La devoción trinitaria de John Owen
por Sinclair B. Ferguson

La osada misión de William Tyndale
por Steven J. Lawson

La teología afectiva de Richard Sibbes
por Mark Dever



UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE

El compañerismo misionero *de*

William Carey

MICHAEL A. G. HAYKIN



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#CompañerismoDeCarey

El compañerismo misionero de William Carey

por Michael A. G. Haykin

© 2023 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *The Missionary Fellowship of William Carey*

© Michael A. G. Haykin 2018 y publicado por Reformation Trust

Publishing, una división de Ligonier Ministries.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la *Nueva Biblia de las Américas* (NBLA) ©2005 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

ISBN: 978-1-955182-77-5

Impreso en Colombia

SDG

231

A tres amigos amados:

Peter y Anna Pikkert

—trabajadores que perseveran por gracia como Carey—

y Haitham John Issak,

uno que ama a Cristo como Carey.

Contenido

<i>Prólogo</i> , Seguidores dignos de ser seguidos	XIII
<i>Prefacio</i> , Entendiendo a William Carey	XVII
<i>Capítulo 1</i> , Los años tempranos de William Carey	1
Una pasión por las flores, 2	
El testimonio de un amigo: John Warr, 3	
El impacto del pecado, 5	
Amigo de Chater y Scott, y matrimonio con Dorothy, 6	
John Sutcliff y Andrew Fuller, 8	
Los sermones de Guy y Fuller, 10	
<i>Capítulo 2</i> , Buenas amistades: un camino hacia la madurez teológica	13
Una pasión creciente por las misiones, 15	
La formación de amistades para toda la vida, 17	
Carey reprendido, 19	
La lucha con el hipercalvinismo, 21	
Carey... ¿un arminiano?, 23	
El testimonio del Pacto de Leicester, 24	
En resumen, 27	
<i>Capítulo 3</i> , El sendero hacia las misiones globales	29
El sermón de Sutcliff, 30	
El sermón misionero de Fuller, 33	
La respuesta a los sermones de Clipston, 36	

Palabras de precaución de Sutcliff y Benjamin Beddome,	36
Una investigación sobre la obligación que tienen los cristianos,	39
Una breve historia de las misiones,	41
El ejemplo inigualable de los moravos,	42
Secciones 3 y 4,	44
Orando por el avance del evangelio,	45
La necesidad de acción,	46
<i>Capítulo 4, Viaje a India y la necesidad de amigos.</i>	49
El sermón inmortal,	50
La formación de la Sociedad Bautista Misionera,	53
John Thomas,	57
La depresión y demencia de Dorothy,	59
Lecciones aprendidas en Mudnabati,	61
La amistad de Samuel Pearce,	63
El trío de Serampore,	66
Carey, el traductor,	67
<i>Capítulo 5, La misión de Serampore.</i>	69
Krishna Pal,	69
El Memorando de entendimiento de Serampore (1805),	72
La pérdida de amigos ingleses y el impacto en Serampore,	76
Los años finales de Carey,	80
Los que sostienen la cuerda,	82
<i>Reconocimientos</i>	85
<i>Apéndice 1, Línea del tiempo de la vida de Willam Carey</i>	87
<i>Apéndice 2, El pacto de Leicester</i>	91
<i>Apéndice 3, El Memorando de entendimiento de Serampore.</i>	97
<i>Notas de texto</i>	113
<i>Acerca del autor</i>	131

Seguidores dignos de ser seguidos

A través de los siglos, Dios ha levantado una multitud de hombres piadosos a quienes Él ha usado poderosamente en momentos cruciales de la historia de la iglesia. Estos hombres valientes han provenido de todo tipo de ámbitos sociales, desde los salones lujosos de las escuelas de la élite hasta los almacenes polvorientos de tiendas de comerciantes. Han salido de todos los rincones del mundo, desde avenidas altamente visibles en ciudades densamente pobladas hasta pequeñas aldeas en lugares remotos. No obstante, a pesar de estas diferencias, estas figuras centrales, estos trofeos de la gracia de Dios, han tenido mucho en común.

Ciertamente, cada hombre poseía una fe inamovible en el Señor Jesucristo; pero hay más que decir. Cada uno de ellos poseía convicciones profundas sobre las verdades que exaltan a Dios, conocidas como las doctrinas de la gracia. Aunque diferían en cuestiones teológicas secundarias, se mantuvieron unidos en la defensa de las doctrinas que magnifican la gracia soberana de Dios en Sus propósitos salvíficos en el mundo. Cada uno de ellos mantuvo en alto la verdad fundamental: “La salvación es del SEÑOR” (Sal 3:8; Jon 2:9).

Cualquier estudio de la historia de la iglesia revela que aquellos que han abrazado estas verdades bíblicas reformadas han recibido una confianza extraordinaria en su Dios. Lejos de paralizar a estos gigantes espirituales, las doctrinas de la gracia encendieron en sus corazones un temor reverencial por Dios que humilló sus almas ante Su trono. Las verdades de la soberanía divina infundieron valor a estos hombres para levantarse y promover la causa de Cristo en la tierra. Con una visión ampliada de la expansión de Su reino en la tierra, avanzaron audazmente para realizar la obra de diez, incluso de veinte hombres. Se levantaron con alas de águila y se elevaron sobre sus tiempos. Las doctrinas de la gracia los facultaron para servir a Dios en su hora de la historia divinamente señalada, dejando una herencia piadosa para las generaciones futuras.

Esta serie “Un gran legado de héroes de la fe” destaca figuras clave en la larga sucesión a través de los tiempos de estos hombres que enfatizaron la gracia soberana. El propósito de esta serie es explorar de qué manera estos personajes usaron sus dones y capacidades dados por Dios, para impactar su tiempo y extender el reino de los cielos. Ya que fueron valientes seguidores de Cristo, sus ejemplos son hoy dignos de imitar.

Este volumen se centra en el pionero de las misiones, William Carey. Celebrado en vida por sus esfuerzos evangelizadores en el subcontinente indio, Carey lo arriesgó todo para llevar el evangelio a personas que vivían en la oscuridad. Además, desmintió la idea de que el calvinismo y las misiones no son compatibles. Lejos de mantener una visión de la soberanía de Dios que no ve lugar para las misiones y la evangelización, Carey estaba apasionado por el poder de Dios para convertir pecadores tal y como se revela en el evangelio. En sus esfuerzos, se le unió un grupo incondicional de amigos igualmente comprometidos, cuya cooperación en la misión de Dios

debería inspirarnos a todos a unir fuerzas con hermanos y hermanas cristianos en nuestro paso por esta vida terrenal.

Quiero agradecer al equipo editorial de Reformation Trust por su compromiso con esta serie “Un gran legado de héroes de la fe”. Sigo agradecido por la constante influencia de mi antiguo profesor y admirado amigo, el Dr. R. C. Sproul. También debo expresar mi gratitud a Chris Larson, que es tan importante en la supervisión de esta serie. Por último, agradezco al Dr. Michael Haykin por escribir este volumen y ayudar a presentar a William Carey a una nueva generación.

Que el Señor utilice este libro para impulsar y animar a una nueva generación de creyentes a dar testimonio de Jesucristo en este mundo para Dios. Que a través de este retrato de William Carey, sean fortalecidos para caminar de una manera digna de su llamado. Que sean celosos en su estudio de la Palabra escrita de Dios para la exaltación de Cristo y el avance de Su reino.

¡Soli Deo gloria!

—Steven J. Lawson
Editor de la serie

Entendiendo a William Carey

Para los anglosajones, el siglo dieciocho fue una época de logros muy importantes. A través de la conquista y la exploración, se consolidaron como dueños de un imperio que rodeaba el mundo. Fue a mediados de este siglo cuando las tropas británicas al mando de Robert Clive (1725–1774) derrotaron a un ejército francés en la India, en la batalla de Plassey, y esto preparó el camino para la conquista británica de Bengala, y posteriormente de toda la India. Dos años más tarde, el 13 de septiembre de 1759, el general James Wolfe (1727–1759) derrotó al general francés Louis Joseph Montcalm (1712–1759) en la Batalla de las Llanuras de Abraham, en aquel entonces fuera de las murallas de la ciudad de Quebec. Aunque Wolfe murió en ese combate, la victoria británica significó el fin del dominio francés en Canadá. En una década más, el oficial de la marina británica, el capitán James Cook (1728–1779), emprendió sus descubrimientos, que cambiaron el mundo, en el Pacífico Sur, cartografiando las costas de Nueva Zelanda y Australia.

De manera simultánea a esta construcción del imperio de los británicos, aunque distinta a ella, se produjo la construcción del

reino a través de los misioneros de habla inglesa. Hasta la última parte del siglo dieciocho, el cristianismo evangélico se limitaba principalmente al norte de Europa y a la costa atlántica de Norteamérica. Pero, repentinamente, en la última década del siglo, estos evangélicos salieron de estas dos regiones y comenzaron a establecer iglesias en toda Asia, África y Australasia. En el centro de este movimiento misionero estaba William Carey (1761–1834), que ha llegado a ser conocido como “el fundador de las misiones modernas”, una descripción que era especialmente apreciada por los victorianos. Para ellos, era un pionero misionero emblemático.

“SOY UN TRABAJADOR QUE PERSEVERA”

Este estatus de celebridad concedido a Carey comenzó en realidad durante su vida. “Un hombre como Carey es para mí más que un obispo o un arzobispo: es un apóstol”, expresó en una ocasión el anglicano evangélico John Newton (1725–1807). En otra ocasión, Newton escribió que no buscaba milagros en su propia época del orden de los realizados en la era apostólica. Sin embargo, prosiguió, “si Dios hiciera uno en nuestros días, no me extrañaría que fuera a favor del Dr. Carey”. Asimismo, en 1826, cuando dos misioneros llamados George Bennet y Daniel Tyerman visitaron por casualidad a Carey en la India (para entonces, llevaba más de treinta años trabajando allí), les llamó la atención lo que posteriormente denominaron su “apariencia apostólica”.

Pero la opinión de Carey sobre sí mismo era muy diferente. Una vez le dijo a su sobrino Eustace Carey (1791–1855): “Soy un trabajador, esa es la verdad. No soy un genio, pero sé trabajar con perseverancia”. En otras palabras, Carey veía sus logros no como la obra de un apóstol inspirado, sino como el producto de la determinación, la

iniciativa y, habría querido añadir, la gracia de Dios. Carey era muy consciente de que no merecía ser adornado con una aureola como un santo medieval, algo que la tradición evangélica posterior —¿siguiendo el ejemplo de Newton?— ha hecho. Carey estaba convencido de que solo había cumplido con su deber como siervo de Cristo.

¿UN PIONERO SOLITARIO?

La elevación de Carey a un estatus de respetada celebridad lo ha descrito como una especie de pionero solitario, alguien con un carácter extraordinario que triunfó tanto sobre el cristianismo apático en Inglaterra, como sobre varios grandes obstáculos en el campo de la India. Consideremos por un momento un texto escrito sobre Carey por Francis Wayland (1796–1865), probablemente el principal teólogo bautista del norte de Estados Unidos durante la vida de Carey. Como presidente de la escuela bautista de la Universidad de Brown en Providence, Rhode Island, desde 1827 hasta 1855, Wayland apoyó con entusiasmo el movimiento misionero moderno que fue un factor importante para estimular una mentalidad misionera entre las iglesias bautistas de Estados Unidos. Como resultado de su pasión misionera, se le pidió que escribiera la biografía autorizada del misionero bautista estadounidense Adoniram Judson (1788–1850), quien fue bautizado como creyente por el colaborador de Carey, William Ward (1769–1823). Esta obra en dos volúmenes vendió la asombrosa cifra de veintiséis mil ejemplares en 1853, su primer año de publicación, una cantidad que la convertiría en un *best seller* incluso en el mercado actual de libros cristianos.

Un tratado misionero anterior de Wayland fue su “Introductory Essay” [“Ensayo introductorio”] a la primera edición estadounidense del libro *Memoir of William Carey* [*Memoria de William Carey*] de

Eustace Carey, la primera biografía importante de William Carey, que apareció en 1836. El ensayo de Wayland ocupa catorce páginas en el libro. Wayland enumera los múltiples obstáculos que Carey tuvo que superar para convertirse en un misionero ideal, entre ellos la falta de apoyo de sus compañeros cristianos en Inglaterra y la abierta oposición de la Compañía de las Indias Orientales, que dominaba esencialmente como órgano de gobierno en la India. Además, Carey buscó en vano el apoyo de su primera esposa, Dorothy (1756–1807), ya que, según Wayland, era “quejumbrosa e irrazonable, caprichosa y obstinada”, y acabó volviéndose loca. Para Wayland, el llamado de William Carey “a ser un pionero y actuar solo” dominó su visión del misionero bautista. Sin embargo, Carey fue, por encima de todo, un jugador de equipo, pero el lector nunca tiene esta impresión al considerar el ensayo de Wayland.

“UNA PEQUEÑA BANDA DE HERMANOS”

Amigos fieles en Inglaterra —Andrew Fuller (1754–1815), John Ryland Jr. (1753–1825), John Sutcliff (1752–1814) y Samuel Pearce (1766–1799)— y en la India —William Ward y Joshua Marshman (1768–1837)—, ninguno de los cuales es mencionado por Wayland en su ensayo, fueron totalmente esenciales para los logros de Carey como misionero en el subcontinente indio. De hecho, la camaradería siempre es fundamental en los momentos de bendición espiritual en la historia de la fe cristiana. Como afirma James Davison Hunter en su libro *Para cambiar el mundo*, la visión del “gran hombre de la historia”, es decir, que “la historia del mundo no es más que la biografía de los grandes hombres”, es errónea. Más bien, “el actor clave de la historia no es el genio individual, sino la red [de individuos y amigos] y las nuevas instituciones que se crean

a partir de esas redes”. Así pues, Hunter sostiene que “el carisma y el genio, así como sus consecuencias culturales, no existen fuera de las redes de personas con una orientación similar y de las instituciones igualmente alineadas”.

En la historia de la iglesia hay numerosos ejemplos de la verdad de la tesis de Hunter. Por ejemplo, está el círculo paulino, el grupo de hombres, incluidos Timoteo y Tito, que renunciaron a cualquier ambición que tuvieran en sus propias vidas para unirse al apóstol Pablo en la gloriosa labor de plantar iglesias por todo el antiguo mundo mediterráneo. Están los Padres Capadocios —Basilio de Cesarea (c. 329–379), su hermano Gregorio de Nisa (c. 335–c. 395) y Gregorio de Nacianzo (c. 329–389)— que emplearon sus dones y vocación para poner fin a la controversia arriana y dar a la iglesia una gramática universal para hablar del Dios trino. A mediados del siglo dieciséis, Juan Calvino y su círculo de amigos, entre los que se encontraban hombres como Guillermo Farel (1489–1565) y Pierre Viret (1511–1571), estaban en la vanguardia del impulso de la Reforma. Y un magnífico ejemplo de la tesis de Hunter es la red de amigos de Carey, que desempeñó un papel clave en la renovación de la comunidad bautista inglesa a finales del siglo dieciocho, así como en el lanzamiento del movimiento misionero moderno. Christopher Anderson (1782–1852), un líder bautista escocés que se convirtió en amigo íntimo de varios de los que participaron de forma central en estos trascendentales acontecimientos, reflexionó:

Para que se haga mucho bien es absolutamente necesaria la cooperación, resultado de un amor sincero; y pienso que si Dios, en Su tierna misericordia, me tomara como uno de los muy pocos cuyos corazones uniré como el corazón de un solo hombre —ya que no todos los vigilantes pueden verse cara a

cara— podría ser uno de un pequeño grupo de hermanos que lo hicieran, y que dejaran tras sí una prueba de lo mucho que puede lograrse como consecuencia de la unión de solo algunos en la tierra para difundir el cristianismo, ¡oh, cómo debería regocijarme y alegrarme! Sin embargo, estoy convencido de que para lograr tal unión son absolutamente necesarias las virtudes cardinales y una parte de lo que puede considerarse como excelencia sustancial del carácter, y de ahí la importancia de que la religión que poseemos tenga el sello que las promueva. Tal unión en los tiempos modernos existió en [Andrew] Fuller, [John] Sutcliff, [Samuel] Pearce, [William] Carey y [John] Ryland. Eran hombres de hábitos abnegados, muertos al mundo, a la fama y al aplauso popular, de visiones profundas y extensas de la verdad divina, y tenían una idea tan extendida de lo que debía ser el reino de Cristo en el siglo diecinueve, que, por así decirlo, prometieron y oraron, y no se dieron descanso. El resultado... ya lo conocen.

Durante gran parte del siglo dieciocho, demasiadas iglesias bautistas particulares o calvinistas de Inglaterra, Gales e Irlanda, se encontraban moribundas y sin visión de futuro ni pasión por la salvación de los perdidos, tanto en el país como en el extranjero. Las tendencias definitivas hacia el hipercalvinismo, una piedad introspectiva que era en parte una reacción a la Ilustración de la época y la incapacidad de discernir la mano de Dios en los avivamientos metodistas calvinistas de su época, así como diversos factores sociales y políticos, fueron fundamentales en su declive. Sin embargo, en la primera década del siglo siguiente, los restos que ardían en sus iglesias se convirtieron en una gran llama cuando esta comunidad bautista se convirtió en líder mundial en la empresa misionera en el

extranjero, una empresa que se identificó con un nombre en particular, el de William Carey. Pero Carey no lo hizo solo.

No cabe duda de que la amistad de Carey con varios pastores y misioneros bautistas afines fue indispensable para el impacto transformador de su vida. Estos hombres dedicaban tiempo para pensar y reflexionar juntos, así como para animarse mutuamente y orar juntos. “La aversión a los mismos errores, la predilección por los mismos autores y la preocupación por la causa de Cristo en el país y en el extranjero” unieron a estos hombres en una amistad que fue un importante catalizador para el avivamiento y la misión. Sin amigos en las altas esferas y prácticamente sin recursos económicos, este pequeño grupo de hombres, creyendo en Dios de que su fe cristiana no estaba destinada solo a los occidentales, se comprometió a enviar a Carey (y más tarde a otros) a la India y al sudeste asiático, y luego, en los años siguientes, a otros a las Indias occidentales y al África occidental. Así comenzó con fuerza la globalización de la fe cristiana.

UN ENFOQUE EN LA AMISTAD

Los capítulos siguientes examinan la red de amigos de Carey para ayudarnos a comprender mejor algunas de las raíces de sus logros. Aunque este libro sigue el curso de la vida de Carey, no es en absoluto una biografía exhaustiva. Algunas áreas de su vida se pasan por alto debido a este enfoque en la amistad. En particular, se dedica más espacio a la formación de su círculo de amigos en Inglaterra que al de la India. Esto no se debe a que el primero sea más importante, sino a las limitaciones de espacio y al deseo de no ser demasiado repetitivo. El objetivo de este libro, por tanto, es mostrar el modo en que la amistad fue fundamental en la vida de Carey. Espero que él sea también un modelo en este sentido, ya que nuestra cultura no es

la que más fomenta el cultivo y desarrollo de amistades profundas, duraderas y gratificantes. Las verdaderas amistades requieren tiempo y sacrificio, y la cultura occidental de principios del siglo veintiuno es un mundo ajetreado que, por regla general, está mucho más interesado en recibir y poseer que en sacrificar y dar.

Roger Scruton, comentarista público conservador y filósofo especializado en estética, ha señalado con razón que los occidentales “están viviendo... un declive de la amistad real”. Lo que resulta especialmente inquietante de este hecho, es que gran parte del cristianismo occidental se diferencia poco de su cultura. C.S. Lewis escribió un pequeño e ingenioso libro titulado *Las cartas del diablo a su sobrino*, un notable comentario sobre la guerra espiritual desde el punto de vista de nuestro enemigo. En él, hay una carta del diablo mayor, Escrutopo, a su sobrino Orugario en la que Escrutopo se alegra del hecho de que “en los modernos escritos cristianos” se encuentren “pocas de las viejas advertencias sobre las Vanidades Mundanas, la Elección de Amigos y el Valor del Tiempo”. Independientemente de si Lewis tiene razón con respecto a la escasez de literatura cristiana del siglo veinte sobre las “Vanidades Mundanas” y “el Valor del Tiempo”, sin duda tiene razón cuando se trata del tema de la amistad.

Pero no siempre ha sido así entre los cristianos. Este pequeño estudio se propone contar una historia diferente, y así ilustrar Proverbios 27:17, el que podría ser traducido literalmente: “El hierro afila el hierro, y el hombre afila el rostro de su amigo”.

Los años tempranos de William Carey

Carey nació en 1761 en un pequeño pueblo llamado Paulerspury, en el condado de Northamptonshire, Inglaterra. Nació de padres pobres: Edmund Carey (fallecido en 1816) y Elizabeth Wells (fallecida en 1787). Edmund Carey era un tejedor que trabajaba en un telar manual en su propia casa para producir un tipo de tela de lana conocida en el distrito como “tammy”. Cuando Carey tenía seis años, su padre fue nombrado secretario parroquial de Paulerspury, así como director de la escuela del pueblo. Según William Cowper (1731–1800), el escritor de himnos evangélicos, el secretario parroquial tenía que “pronunciar el amén a las oraciones y anunciar el sermón”; dirigir los cantos y las respuestas durante el servicio; llevar el registro de bautismos, matrimonios y entierros de la iglesia; echar a los “perros de la iglesia”; y obligar a entrar a los “jóvenes que no querían”. Así, el joven William era llevado regularmente a la iglesia. Carey escribió más tarde acerca de esta temprana relación con la Iglesia de Inglaterra:

Habiendo sido acostumbrado desde mi infancia a leer las Escrituras, tenía un conocimiento considerable de ellas, especialmente de las partes históricas. No tengo ninguna duda de que la lectura constante de los Salmos, las Lecciones, etc., en la iglesia parroquial, a la que estaba obligado a asistir con regularidad, proporcionó a mi mente un conocimiento general de las Escrituras. [Pero] apenas oí hablar de la verdadera religión experimental hasta los catorce años de edad.

UNA PASIÓN POR LAS FLORES

También vivía en Paulerspury el tío de William, Peter Carey. Peter había servido con el general James Wolfe en Canadá durante la Guerra de los Franceses y los Indios (parte de la Guerra de los Siete Años) y había participado en la toma de la ciudadela de Quebec por parte de los británicos en 1759, dos años antes del nacimiento de William. Posteriormente, Peter regresó a Inglaterra y trabajó en Paulerspury como jardinero. Sus relatos sobre Canadá y sus experiencias allí, casi con toda seguridad, despertaron en el joven William un interés insaciable por tierras lejanas.

Peter también implantó en el joven William un amor por los huertos y las flores que le acompañó toda su vida. La hermana menor de William, Mary (1767–1842), recordó más tarde: “A menudo me llevaba por los caminos más sucios para conseguir una planta o un insecto. Creo que nunca salía sin observar los arbustos a su paso; y cuando tomaba una planta de cualquier tipo siempre la observaba con cuidado”. Años más tarde, cuando Carey se estableció en la India, tenía cinco acres de huerto cultivados. El cultivo de ese huerto le sirvió como medio de relajación para lidiar con el estrés y las tensiones del ministerio en la India. De este huerto, su hijo Jonathan

comentó más tarde que “aquí [su padre] disfrutaba de sus momentos más agradables de meditación y devoción secretas”.

EL TESTIMONIO DE UN AMIGO: JOHN WARR

El amor del joven Carey por la jardinería era tan grande que quería ser jardinero como su tío Peter. Sin embargo, en ese momento de su vida, Carey sufría una enfermedad de la piel que le hacía muy doloroso pasar mucho tiempo bajo el sol. Es interesante observar que cuando Carey fue a la India, pasaba una cantidad considerable de tiempo expuesto al sol, pero sin que reapareciera esta enfermedad de la piel. Así, a mediados de su adolescencia, su padre le puso como aprendiz de un zapatero llamado Clarke Nichols, que vivía en Piddington, a unos once kilómetros de su casa. Con el tiempo, Carey llegó a ser bastante bueno haciendo zapatos, como él mismo señaló una vez en una carta a John Ryland.

Sin embargo, algunos biógrafos de Carey sostienen que él no era buen zapatero. Un incidente ocurrido cuando tenía cuarenta años quizás haya dado lugar a esta percepción. Estaba cenando con el gobernador general británico de la India en Calcuta, cuando un oficial de la mesa preguntó impertinentemente a uno de los ayudantes de campo si era cierto que Carey había sido zapatero. Carey escuchó la pregunta e inmediatamente dijo: “No, señor; solo remendón”. Si bien el zapatero fabrica zapatos, lo que evidentemente requiere una gran destreza, el remendón solo los repara. Aunque a menudo se consideran sinónimos, es un error confundir ambas descripciones. Por supuesto, un zapatero puede reparar zapatos cuando la necesidad lo exige. Pero el comentario de Carey revela la mansedumbre y la humildad que fueron aspectos dominantes de su vida mientras maduraba en Cristo.

Este aprendizaje tendría consecuencias muy importantes para William, ya que uno de sus compañeros de aprendizaje era cristiano. Se llamaba John Warr. Era congregacionista y Dios lo utilizó para llevar a Carey a Cristo. Durante mucho tiempo se supo que la salvación de Carey había llegado en parte como resultado del testimonio de uno de sus compañeros de aprendiz de zapatero. Sin embargo, hasta la Primera Guerra Mundial, el nombre de este aprendiz se había perdido por completo. Durante la guerra, se encontró el nombre de Warr en una de las cartas de Carey que solo hasta entonces salió a la luz. Es una poderosa ilustración de cómo el testimonio fiel de un creyente puede tener grandes consecuencias.

Al principio, cuando Warr hablaba con Carey sobre Cristo, este se resistía a la fuerza de sus argumentos. Carey era el producto de un hogar anglicano intransigente y había llegado a despreciar a cualquiera que no fuera miembro de esa denominación. Como comentó Thomas Scott (1747–1821), un ministro anglicano evangélico cuya predicación fue de gran ayuda para Carey en un momento de su vida, en relación con el desprecio anglicano por los disidentes (es decir, bautistas y congregacionistas): “Nos empapamos de este prejuicio con los primeros rudimentos de la instrucción, y se nos enseña en toda nuestra educación a considerarlo meritorio”. Pero mientras Warr seguía dando testimonio a Carey, este sentía “una creciente inquietud y escozor de conciencia que aumentaba gradualmente”. Warr le prestó libros que empezaron a producir un cambio en su pensamiento, pero que también aumentaron su “inquietud interior”. Warr también le convenció para que asistiera con él a una reunión de oración en el cercano pueblo de Hackleton, donde varios congregacionistas se reunían a mitad de semana para orar y estudiar la Biblia. Posteriormente, Carey intentó reformar su vida: dejar de mentir y de decir maldiciones, y dedicarse a la

oración. Pero, según dijo más tarde, no tenía ni idea de que “nada más que un cambio completo de corazón” podría hacerle un bien real y duradero.

Es interesante que Carey mencionara decir maldiciones como uno de los principales pecados que perseguían su vida antes de su conversión. Otros europeos del siglo dieciocho observaron a menudo que los ingleses en general eran adictos a las malas palabras y maldiciones. Incluso las mujeres cultas de clase alta solían pronunciar insultos. Cuando John Newton, por ejemplo, se convirtió en 1748, observó que se había “liberado del hábito de maldecir que parece haber estado profundamente arraigado en mí como una segunda naturaleza”.

EL IMPACTO DEL PECADO

Además del testimonio de Warr, el joven Carey aprendió una importante lección de un incidente traumático que ocurrió en la Navidad de 1777. Era costumbre que los aprendices en esa época del año recibieran pequeñas cantidades de dinero de los comerciantes con los que sus maestros tenían negocios. Carey tuvo que ir a Northampton para hacer algunas compras para su maestro y para él mismo. Visitó una tienda en particular, la de un hombre llamado Hall, que era ferretero, es decir, un comerciante de herramientas. Hall le dio al joven Carey, para hacerle una broma, una moneda falsa como regalo personal. Hall tenía la intención de compensarlo después de Navidad. Ese era su concepto de diversión navideña. Cuando Carey descubrió la moneda sin valor, decidió, no sin remordimientos de conciencia, pasarla a su patrón. Apropiándose de un buen chelín del dinero que Nichols le había dado, incluyó el chelín falso entre el cambio para su amo. En el camino de vuelta a Piddington, llegó a

orar para que, si Dios permitía que su deshonestidad pasara desapercibida, rompiera con el pecado a partir de ese momento.

Pero, según comentó Carey en una carta escrita a Andrew Fuller muchos años después, “un Dios misericordioso no me ayudó a salirme con la mía”. La deshonestidad de Carey fue descubierta, y se vio envuelto de vergüenza y deshonra, temiendo incluso salir al pueblo por miedo a lo que pensarán los demás. Por este medio, Carey fue conducido, según dijo posteriormente, “a ver mucho más de mí mismo de lo que había hecho antes, y a buscar la misericordia con más ahínco”. Esa misericordia la encontró, ya que durante los dos años siguientes llegó a “depender de un Salvador crucificado para el perdón y la salvación, y a buscar un sistema de doctrinas en la Palabra de Dios”.

AMIGO DE CHATER Y SCOTT, Y MATRIMONIO CON DOROTHY

William Carey continuó yendo con John Warr a las reuniones de oración en Hackleton, pero no fue hasta el 10 de febrero de 1779 que realmente asistió a un servicio de adoración. Ese día predicó un hombre llamado Thomas Chater (fallecido en 1811), residente en Olney. No se ha registrado el texto sobre el que Chater predicó, pero en su sermón citó esa poderosa exhortación de Hebreos 13:13: “Entonces salgamos al encuentro de Jesús, fuera del campamento, y llevemos la deshonra que Él llevó” (NTV). Basándose en este versículo, Chater instó a sus oyentes a “la necesidad de seguir a Cristo por completo”. Mientras Carey escuchaba la exhortación de Chater, consideró la interpretación que hizo de este texto y sus palabras como “muy crudas”. Sintió claramente que Dios le llamaba a dejar la Iglesia de Inglaterra, donde, en su iglesia parroquial particular, se

encontraba bajo “un ministerio carnal y sin vida”, y a unirse a una congregación disidente. Razonó de la siguiente manera: ya que la Iglesia de Inglaterra estaba establecida por la ley del país sus miembros estaban “protegidos del escándalo de la cruz”. Así que Carey se convirtió en lo que había despreciado durante mucho tiempo: un disidente.

Cuando los congregacionalistas de Hackleton decidieron constituirse en iglesia el 19 de mayo de 1781, Carey se encontraba entre los fundadores de lo que con el tiempo se convertiría en Hackleton Baptist Church. Tres semanas más tarde, el sábado 10 de junio, se casó con Dorothy Plackett (1756–1807), la hija iletrada de un miembro clave de la congregación de Hackleton y una mujer cuya vida ha sido malinterpretada en la narración de la historia de Carey. Durante los primeros cuatro años de su vida matrimonial, William y Dorothy vivieron en Hackleton, donde Carey había comenzado a predicar en la iglesia de Hackleton.

Durante el verano de 1782, Chater se hizo amigo de Carey al animar a los bautistas de Earls Barton, un pueblo situado a diez kilómetros de Hackleton, a pedirle que predicara en las reuniones que tenía en su casa, la cual fue descrita como “una miserable cabaña de paja”. Aunque los creyentes del lugar no podían pagarle ni siquiera para reemplazar los zapatos que gastaba al ir y venir entre Hackleton y Earls Barton, esta única visita le llevó a predicar allí una vez cada quince días durante los siguientes tres años y medio.

En este primer periodo de su vida cristiana, Carey también fue profundamente ayudado por la predicación y amistad del ministro anglicano Thomas Scott, que había sido el sucesor de Newton como ministro en Olney. Aunque Carey solo oyó predicar a Scott pocas veces, escribió a Ryland muchos años después: “Si hay algo de la obra de Dios en mi alma, se lo debo en gran parte a la predicación

del Sr. Scott”. Scott tenía un pariente que vivía en Hackleton, al que solía visitar cuando emprendía excursiones itinerantes de predicación. De alguna manera, él y Carey fueron presentados, y este último aprovechaba cualquier oportunidad para encontrarse con él y hacerle preguntas. Carey nunca olvidó la enorme ayuda que Scott le prestó durante esos días. Como escribió en 1823: “Tuve frecuentes oportunidades de conversar con él sobre temas que para mí eran en ese momento de gran importancia, y con frecuencia recibí consejos u observaciones suyas, que recuerdo con gratitud hasta el día de hoy”.

JOHN SUTCLIFF Y ANDREW FULLER

Fue en el verano de 1782, cuando Carey predicó por primera vez en Earls Barton, cuando también vio por primera vez a John Sutcliff y Andrew Fuller. La asamblea anual de la Asociación Bautista de Northamptonshire, un grupo de unas dieciséis iglesias bautistas particulares que abarcaban varios condados ingleses, se celebró en Olney, en Buckinghamshire, en 1782, una ciudad comercial de la que Sutcliff era pastor desde 1775. Sutcliff había llegado a la fe en Cristo en West Yorkshire, donde había estado bajo la predicación de John Fawcett (1740–1817), ministro de Wainsgate Particular Baptist Church, que había sido profundamente impactado por George Whitefield (1714–1770) y William Grimshaw (1708–1763). Después de dos años bajo la tutela de Fawcett, Sutcliff fue motivado por el profundo deseo de continuar recibiendo estudios académicos y llegó a Bristol Baptist Academy en enero de 1772. Bajo la tutela de Hugh Evans (1713–1781), el director de la academia, y de su hijo Caleb (1737–1791), Sutcliff tuvo un destacado expediente académico. Terminó sus estudios en Bristol en mayo de 1774 y, tras

breves periodos de predicación en Shrewsbury y Birmingham, comenzó el que sería el ministerio de toda su vida en julio de 1775 en la Particular Baptist Church de Olney. Esta ciudad comercial era un verdadero centro del evangelio: John Newton había sido el pastor anglicano de la ciudad de 1764 a 1779, cuando se trasladó a Londres, y muchos en la ciudad y el campo circundante habían llegado a la fe bajo su predicación. Además, el gran poeta evangélico y escritor de himnos William Cowper (1731–1800), que había sido amigo íntimo de Newton, seguía residiendo en la ciudad, en su casa de ladrillo rojo de tres pisos situada en la esquina sureste del mercado, justo enfrente de la iglesia bautista. Sutcliff pastoreó en Olney durante treinta y nueve años. Este largo ministerio hizo crecer la obra bautista allí y animó a otras iglesias en los pueblos y aldeas vecinas, y Sutcliff llegó a adquirir una merecida reputación de “buen juicio y cálido afecto” por Cristo, Su causa y Su pueblo.

Andrew Fuller, a diferencia de Sutcliff, no tenía educación teológica formal, pero, al igual que Carey, su origen social era de las clases bajas. De hecho, el estadista evangélico William Wilberforce (1759–1833), que apreciaba profundamente la perspicacia teológica de Fuller, dijo en una ocasión a sus hijos que Fuller era “la imagen misma de un herrero”. Fuller nació en Wicken, un pequeño pueblo agrícola de Cambridgeshire, en 1754. Sus padres, Robert Fuller (1723–1781) y Philippa Gunton (1726–1816), eran granjeros que arrendaban una cadena de granjas lecheras. En 1761, sus padres se trasladaron a poca distancia de Soham, donde él y su familia comenzaron a asistir regularmente a la iglesia bautista particular local, y donde Fuller se convirtió en noviembre de 1769. Tras ser bautizado en la primavera siguiente, se convirtió en miembro de la iglesia de Soham. En 1774, Fuller fue llamado al pastorado de esta obra.

Permaneció hasta 1782, cuando se convirtió en el pastor de la congregación bautista particular de Kettering.

El pastorado de Fuller en Soham fue un periodo decisivo para la formación de la perspectiva teológica de Fuller. Fue durante este periodo cuando comenzó un estudio que duró toda su vida de las obras del teólogo estadounidense Jonathan Edwards (1703–1758). La atenta lectura de los escritos de Edwards por parte de Fuller, junto con su compromiso de vivir bajo la autoridad de las infalibles Escrituras, le permitieron convertirse en lo que su íntimo amigo John Ryland Jr. describió como “quizá el escritor teológico más sabio y capaz que jamás haya pertenecido a nuestra denominación”, y a quien Miklós Vetö ha descrito acertadamente como “el mayor teólogo cristiano del siglo dieciocho”. Las generaciones posteriores han confirmado la estimación que Ryland tenía de su amigo. C.H. Spurgeon (1834–1892), por ejemplo, describió a Fuller como el “más grande teólogo” de su siglo, mientras que A.C. Underwood, un historiador bautista del siglo veinte, dijo de Fuller —en una declaración que claramente hace eco de la estimación de Ryland— que “era el teólogo más sólido y más útil desde el punto de vista creativo que han tenido los bautistas particulares”.

La amistad de Fuller era especialmente importante para Carey: Fuller era su principal apoyo en Inglaterra, y la teología de Fuller estaba en el centro de la visión misionera de Carey.

LOS SERMONES DE GUY Y FULLER

Carey, acostumbrado a caminar distancias considerables, caminó hasta Olney desde su casa en las primeras horas del miércoles 5 de junio. Aquella mañana había acudido una gran multitud a la casa de reuniones de los bautistas en Olney, tan grande que no había

suficientes asientos en el edificio. Ya que hacía buen tiempo, se colocaron asientos en el patio detrás de la iglesia, y los predicadores se pararon en los huecos de las ventanas que habían quitado, para que los que estaban dentro del edificio de la iglesia, así como los que estaban en el patio, pudieran oírlos. No sabemos dónde estaba sentado Carey aquella tarde mientras escuchaba el sólido sermón de Fuller sobre 1 Corintios 14:20 (“Hermanos, no sean niños en la manera de pensar. Más bien, sean niños en la malicia, pero en la manera de pensar sean maduros”). Pero había sido una fiesta espiritual durante todo el día, ya que por la mañana había escuchado a William Guy (1739–1783) predicar un poderoso sermón sobre 2 Pedro 3:18. John Ryland Jr. describió en una ocasión a Guy como “el hombre más ordinario y tosco que jamás se haya visto u oído”, pero Dios había usado poderosamente su predicación en un importante avivamiento en su iglesia de Shepshed, Leicestershire, a mediados de la década de 1770, cuando algunos servicios de adoración se prolongaron hasta ocho horas.

Con respecto a la predicación de Fuller, se nos dice que no era “el modelo exacto de un orador” y que no tenía “nada de esa elocuencia que consiste en una feliz selección de términos”. Sin embargo, su presencia en el púlpito era imponente y solemne, “llegando a inspirar temor”, y su discurso estaba marcado por la audacia y una “gran fuerza de expresión”. Estaba “profundamente impactado por su tema, y ansioso por producir un efecto similar en sus oyentes”. Pocos de los que le escuchaban quedaban insatisfechos: “si el corazón no estaba afectado en todo momento, la mente estaría informada”. Carey recordó durante mucho tiempo los sermones de Guy y Fuller, así como el hecho de que ayunaba todo el día porque no tenía dinero para comprar una comida al mediodía. Durante todos sus años en Hackleton, Carey trabajó en el oficio para el que había sido

entrenado, pero su trabajo de zapatero solo le proporcionaba ingresos muy escasos, y ciertamente no le dejaba nada para comer fuera.

Carey recibió ayuda en sus primeros años de vida cristiana de la amistad de cristianos fieles como John Warr, Thomas Chater y Thomas Scott. Las relaciones de Carey con estos hombres fueron relativamente breves. Pero, según su propio testimonio, el impacto que tuvieron en él fue duradero. El testimonio de Warr fue usado de manera crucial por Dios para llevarlo a Cristo. Chater le ayudó a ver que tenía que seguir a Cristo de todo corazón, lo que, para Carey en ese momento, significaba dejar la iglesia estatal anglicana y unirse a una pequeña causa disidente en un pueblo. Obviamente, esto no perjudicó a Carey contra los anglicanos, ya que más tarde disfrutó de la amistad del rector anglicano Thomas Scott. Estas pequeñas amistades son un buen recordatorio de que Dios utiliza relaciones aparentemente insignificantes para lograr grandes cosas. Pero, como veremos en el próximo capítulo, fueron especialmente sus amistades de toda la vida con Sutcliff, Fuller y Ryland las que serían decisivas para dar un carácter transformador a su peregrinaje cristiano.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *El compañerismo
misionero de William Carey*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2023 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!